

ORIENTE MEDIO, ANTE EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA R. A. U.

La fecha de un año que la República Árabe Unida cumplió desde el 1.º de febrero, no ha representado únicamente una etapa esencial en la evolución política de la nación donde se han fundido Egipto y Siria. Desde el nacimiento del nuevo Estado se notó que casi todos los problemas esenciales del Próximo Oriente u Oriente Medio, tendían a agruparse en torno a las cuestiones propias de la R. A. U. Así, entre febrero de 1958 y el mismo mes de 1959, la política internacional y gran parte de la política interna de los países situados al Este del Mediterráneo, ha estado determinada por la existencia de la nación que se centra en El Cairo. A la vez se ha visto que el porvenir general del arabismo depende esencialmente del porvenir egipciosirio. Y desde el punto de vista del orden mundial, las grandes potencias llamadas «occidentales» comienzan a preguntarse si no fué error el de no haber centrado el equilibrio próximo-oriental y el arabismo sobre Egipto y su Presidente Abdel Nasser. Al menos los más recientes intentos que ahora se apuntan para rehacer el anterior sistema del Pacto de Bagdad, tienden a tener positivamente muy en cuenta el factor de la R. A. U.

Comenzando por los efectos de la creación de la República Árabe Unida en el resto de los países de idioma y mentalidad árabes, se vió que la adhesión del Yemen a la R. A. U. en calidad de «Estado federado», no sólo representaba una nueva fórmula dentro del sistema de las relaciones árabes, sino que modificaba el régimen del país yemenita que hasta ahora venía siendo el de estructura más arcaica. En el Derecho Internacional propio del mundo árabe la federación del Yemen y la R. A. U. recibió el nombre de «Estados Unidos Árabes», para indicar que quedaba abierta una posible adhesión de otros países que lo desearan. En el régimen del Yemen, quedó determinado que debería tener la misma política exterior que El

Cairo y acoplar también las fuerzas armadas a las de la R. A. U., aunque Yemen seguía con su monarquía tradicional. No obstante el Imán yemenita hubo de iniciar una tendencia a una representación de notables dentro de los organismos gubernativos, que hasta entonces habían estado casi sólo en manos de miembros de la familia real. Dentro de la misma península de Arabia, una consecuencia indirecta de la vinculación del Yemen a la R. A. U. (y de la tendencia a una incorporación de elementos del pueblo yemenita en la dirección del país), fueron los cambios de Arabia Saudía desde el 25 de marzo. El decreto por el cual ese día dió el Rey Saud plenos poderes a su hermano el Emir Faysal, para que éste elaborase una nueva política, una nueva administración y un nuevo sistema financiero, fué interpretado en todos los círculos políticos y diplomáticos próximo-orientales como un deseo de equilibrio ante la R. A. U., tomando elementos y ejemplos de los «Estados Unidos Arabes».

Entre mayo y julio, todo el tumultuoso y sangriento paréntesis que en la antes pacífica evolución del Líbano puso el alzamiento de la oposición contra el entonces jefe del Estado, Camille Chamún, fué paralelo a una preocupación por la acción de la R. A. U. Después quedó demostrada la falsedad de la hipótesis de que el levantamiento hubiese sido artificialmente preparado desde El Cairo y Damasco, puesto que respondió a las preocupaciones y aspiraciones naturales de grandes núcleos de población en varias comarcas libanesas (como por ejemplo las zonas de Trípoli y los montes del Sur). Así cuando en septiembre se restableció la normalidad, después de tomar posesión como Presidente de la República libanesa el general Fuad Chihab, fué fácil la normalización de relaciones entre El Cairo y Beirut. Sobre todo porque las normas oficiales que Chihab expuso de «colaborar sinceramente y estrechamente con todos los países árabes hermanos», se aproximaban mucho a los ideales expuestos en los discursos de Abdel Nasser.

En julio la revolución callejera de Bagdad, y el golpe de Estado que dirigió por el general Abdal Kerim Kassem se juntó confusamente con la misma revolución (después de que en ésta perecieron el rey y el regente del Gobierno iraquí) fué en sus comienzos un rebote de los mismos ejemplos egipcios que habían obrado en el ánimo de los jefes de la oposición del Líbano. En una y otra parte (lo mismo que en algunos intentos nacionalistas aislados y frustrados que se iniciaron en Kuwait, Oman y Aden), la adhesión a la R. A. U. procedía de un resentimiento contra las oposicio-

nes anti-árabes que entonces parecían manifestar los gobernantes de las potencias anglosajonas. Las llegadas navales y aéreas de tropas inglesas a Jordania y tropas estadounidenses al Líbano, produjeron en las masas populares de todo el Oriente árabe, la impresión errónea de que bajo el pretexto de ayudas a los gobernantes locales de Beirut y Amman se fuese a una reocupación colonialista del Próximo Oriente. Así, durante algunas semanas, aquel verano casi todos los jefes panarabistas (incluso algunos católicos), coincidieron en una común rusofilia que entonces les parecía el único contrapeso posible.

Las sesiones que durante el mes de agosto celebró la Asamblea General de las Naciones Unidas, con el objeto de examinar la situación general del Oriente Medio, proporcionó la esperanza de una solución que no se apoyase en las pugnas soviéticas y los anglosajones, sino en el ambiente más sanamente mundial. La situación en que con rara unanimidad la Asamblea aprobó por ochenta votos contra ninguno (y un país ausente) el texto de la propuesta pacificadora redactada por los diez países árabes miembros, fué en realidad un triunfo de Egipto. Por una parte se demostró la coincidencia de los intereses del panarabismo con aquellos otros de un equilibrio pacífico que expuso en su informe el secretario general de la O. N. U. Por otra parte se demostró la posibilidad de que los árabes podrían rehacerse y sostenerse sin necesidad de apoyarse en ningún país extranjero. Por todo esto pudo volver a actuar la ya casi caduca y olvidada Liga Árabe, a la cual se agregaban las presencias de Marruecos y Túnez. Y ayudó también mucho a la firmeza de la posición de la R. A. U. (como principal país alentador y sostenedor de la referida Liga), la aplicación del acuerdo de arreglo del pleito con la anterior compañía del Canal de Suez, acuerdo firmado el 13 de julio en París.

La euforia general pro-egipcia duraba todavía cuando durante la primera quincena de octubre, los representantes de Túnez se retiraron ruidosamente de la Liga, en la cual habían ingresado pocos días antes. Como la actitud de los delegados tunecinos fué dictada por una animadversión casi personal del Presidente tunecino Bourguiba contra el Presidente Abdel Nasser, la resolución que el Consejo de la Liga Árabe aprobó por unanimidad condenando la actitud tunecina, resultó en realidad un voto de confianza y adhesión al primer jefe y creador de la República Árabe Unida.

La reorganización ministerial que se hizo en El Cairo y Damasco desde el 7 del mismo octubre, fué en lo interior de la R. A. U. una medida que

aumentó la cohesión administrativa política y social; pero desde fronteras afuera, resultó en parte contraproducente. Ante el referido reajuste ministerial, muchos observadores que hablaban y escribían desde El Cairo decían que había constituido un éxito personal de uno de los tres vicepresidentes de la R. A. U.; es decir, el sirio Kram el Haurani. Este era el «leader» del famoso partido «Baaz» del socialismo árabe y panárabe; es decir, un partido que cuando solamente actuaba desde Damasco ya había extendido filiales federalistas por todo el resto del Próximo Oriente, incluso Jordania y el Iraq. El aumento de potencia y atribuciones de Akram el Haurani en el campo mucho más vasto de la fusión sirio-egipcia, dió mayor vitalidad a sus amigos en Bagdad, en Amman, en el Golfo Pérsico., etc., etc. Sin embargo, éstos quedaron por eso expuestos a mayores represiones de los poderes locales. Una brusca reacción tan contraria a la R. A. U. como al «Baaz» en particular fué el 4 de noviembre la detención en Bagdad del hasta entonces segundo jefe de la revolución militar iraquiana coronel Abdesselam Aref, encarcelado entonces y condenado a muerte al empezar febrero de este 1959. Su aplastamiento por su ex-amigo y luego enemigo el general Kassem, ha formado parte de un plan para eliminar a los miembros iraquianos del «Partido Socialista de la Resurrección Árabe». Es decir, el «Baaz».

Una fórmula intermedia entre la adhesión y la reserva hacia la R. A. U., fué la del golpe de Estado del Sudán. Cuando el 17 de noviembre tomó el poder le comandante en jefe, general Ibrahim Abbud, se consideró en primer lugar que su decisión representaba un freno a las aspiraciones egipcias de expansión en el valle del Nilo. Esta creencia se apoyaba en el hecho de que mientras el general o mariscal Ibrahim Abbud es un adepto de la cofradía islámica mahadista, su principal adjunto, el general de brigada Ahmed Abdelwahab lo es de la cofradía mirganista; y ambas entidades religiosas musulmanas venían sosteniendo una política sudanesa completamente independiente. Pero después se vió que los dos dirigentes del régimen militar de Jartum, proclamaron que su principal tarea era «resolver las disensiones sólo artificiales que parecen separar al Sudán de la República Árabe Unida, así como todos los problemas en suspensión entre los dos países». El distanciamiento que Abbud y Abdelwahab iniciaron respecto a las actividades oficiales de la R. A. U., parece responder sólo a la conveniencia de no encontrarse arrastrados a todas las contingencias de la vida internacional en que los gobernantes de El Cairo puedan verse envueltos (por

lo. excesivamente extenso de los pleitos externos con los cuales tiene conexiones la R. A. U.). Pero la reserva no implica hostilidad; y en Jartum se piensa que los lazos familiares egipcios-sudaneses aconsejan una pacífica solución de los litigios pendientes, como el del reparto del agua del Nilo.

En general puede afirmarse y observarse objetivamente que durante todo el transcurso de 1958 y los comienzos del 1959 el conglomerado egipciosirio ha dado la pauta de los movimientos políticos del Levante árabe, sea en pro o en contra. Desde este segundo punto de vista, ningún país del Oriente arábigo se ha mostrado hasta ahora radicalmente opuesto a los principios sociales populares que han impulsado desde 1952 la renovación egipcia o la reconcentración siria; pues las rivalidades se han reducido a cuestiones de procedimientos y personas. Casi todos están de acuerdo en la conveniencia de convertir el Oriente árabe en una federación; pero no sobre el camino a seguir. El punto más difícil desde el punto de vista egipcio-sirio, ha sido el de conseguir que las iniciales ayudas soviéticas no transformasen su colaboración desde fuera en una conquista o en una ocupación de los mandos. Cuando Abdel Nasser antes y después del ataque de Port Said y el Canal en 1956 se apoyó en Moscú, lo hizo para obtener un contrapeso ante las hostilidades que entonces sufría desde Londres y París, no para hacer de Egipto un satélite soviético. El intento de establecer un límite y un borde a la influencia rusa, ha sido luego considerado como una vuelta atrás por los más exaltados «activistas» que en Bagdad actúan contra las influencias nacionalistas procedentes de la R. A. U. Pero respecto a la eficacia de las actitudes neutralistas de Nasser y su arabismo se tuvieron pruebas cuando, al cumplirse el aniversario de la R. A. U., recibió su creador y Presidente una felicitación personal de Krustchev y otra de Eisenhower, ambas igualmente entusiastas.

En realidad al cumplirse los primeros doce meses del primer Estado árabe con contenido federalista, las líneas esenciales del éxito en las reformas económicas y sociales, tanto como en un sentimiento de confianza en los destinos egipciosirios, se confunde con el éxito de Gamal Abdel Nasser. De él se ha escrito recientemente en la Prensa diaria española más oficiosa, que es «el símbolo victorioso de un despertar de siglos de dominaciones extranjeras, «y que ha demostrado que sólo aspira a fortalecer su país con legítimos recursos». Análisis más detenidos subrayan la impresión fuertemente realista que da el Presidente de la R. A. U. (una impresión que ha hecho recordar y citar aquella expresión de Unamuno «hombre

de carne y hueso»). En Gamal Abdel Nasser, se ha llegado a notar que lo personal queda lejos de las interpretaciones abstractas; pues lo mismo al acertar que al equivocarse, su mejor cualidad ha sido y sigue siendo un empeño de sinceridad; una tenaz actuación en línea recta. En Abdel Nasser su revolución, sus popularismos y los programas para dar a Egipto un puesto preponderante dentro del espacio del Mediterráneo Oriental, han respondido a intentos de aprovechar minuciosamente todas las posibilidades del suelo y los habitantes de una nación que tiene las más exageradas densidades humanas sobre el terreno cultivable. Ahora se comprueba desde Europa Occidental que en los proyectos de la gran presa de Assuan y la incautación del Canal de Suez, sólo hubo necesidades vitales indispensables de un pueblo apretado en poco sitio, y que por eso no puede rehacerse dentro de los moldes ajenos.

En cuanto al contenido del programa arabista que sirve como palanca ideológica para las reformas egipciosirias, el mayor interés consiste en otro hecho demográfico. En el conjunto de los 75.000.000 de personas de mentalidad árabe que se reparten por el mundo (en no menos de diecisiete países y territorios), cuenta mucho como eje los casi 29.000.000 de la R. A. U., a los cuales pueden juntarse los 4.500.000 del Yemen. Además, en El Cairo, está el mayor centro intelectual y económico del ángulo afroasiático. Si las naciones del Oriente árabe pudieran ser utilizadas en una organización regional de las previstas por la O. N. U., no cabe duda de que esto requeriría fortalecer las atribuciones de la República Árabe Unida. Porque la causa principal de las confusiones por las que el Levante mediterráneo ha atravesado entre las dos guerras mundiales y posteriormente, ha estado en la falta de un centro de equilibrio que el Próximo Oriente siempre ha necesitado. La caída del Imperio turco, que fué allí el último encuadramiento, dejó un peligroso vacío (en cierto modo semejante al que la caída del Imperio Austria-Hungría produjo en la Europa danubiana). Sólo la R. A. U. podría ser el primer elemento de una construcción que restableciese el indispensable encuadramiento (aunque ahora fuese por asociación, no por dominación). Y uno de los más recientes e imparciales testimonios sobre las posibilidades egipcio-sirias en este sentido procede del mismo Estado de Israel, donde Ben Gurión ha vuelto a insistir en la necesidad de una paz israeliana con los árabes; precisamente por medio de la R. A. U.

A lo largo del mismo febrero, y después de la reunión que los países

miembros del todavía llamado pacto de Bagdad celebraron en Karachi, se tomaron también en cuenta las posibilidades de enlace con la R. A. U. En estos sectores afectos al Pacto de Bagdad se consideró que la firma del pacto defensivo concertado por Persia y Norteamérica puede formar el primer eslabón de una «cadena de seguridad» en la cual sean otros factores la nueva creación del régimen de paz en Chipre y la utilización de los patriotismos árabes en sentido de consolidación mediterránea. Después de las visitas a El Cairo del jefe del Gobierno de Italia, el ministro español de Asuntos Exteriores y el Presidente de Yugoslavia, además de los reforzamientos de los lazos con Grecia y la aproximación cultural al Pakistán, se espera también una mejora de las relaciones entre Turquía y la R. A. U., que aparecían algo confusas.

Son, por último, muy curiosas las posibilidades que se apuntan respecto a unos enlaces de aquellas rehabilitaciones económico-sociales que en El Cairo se preconizan para los pueblos arábigos; y el sistema de rehabilitación de los países de Asia oriental y Oceanía que se agrupan en el Plan de Colombo. A este respecto dijo recientemente en Karachi un portavoz del Gobierno pakistaní, que únicamente elevando los niveles de vida del pueblo del Pakistán, el de Persia, los de los países árabes, etc., podrían tener todos ellos interés y fuerza para preservar sus libertades y afianzar sus existencias nacionales. Sólo convenciéndose de que la defensa de las personalidades locales afroasiáticas es un objetivo de la defensa del orden mundial, podrá ser extemporáneo el concurso de los pueblos ex colonizados; para los cuales, la R. A. U. es ahora un punto de mira; como lo demostró, también en febrero, la celebración en la Universidad de El Cairo del primer congreso de las juventudes asiáticas y africanas, al cual asistieron delegados de cincuenta y tres países.

RODOLFO GIL BENUMEYA



III

CRONOLOGIA INTERNACIONAL

